

sitados provisionalmente, al digno monumento que les consagró en el cementerio de Montpellier el Duque de Frias; piadoso y patriótico pensamiento, debido al SEÑOR GALLEGO, cuyos son igualmente el epitafio y los elegantes disticos latinos que se esculpieron en la losa sepulcral y forman parte de esta coleccion.

Otro suceso feliz para el SEÑOR GALLEGO ocurrió aquel mismo año de 1830: su entrada en la Academia Española, de la cual llegó á ser secretario perpétuo en 1839, por haber ascendido á director el señor don Francisco Martinez de la Rosa. Ya en el año de 1814 habia sido nombrado académico de honor de la de Nobles Artes de San Fernando, en cuyo cargo, como más adelante en los de consiliario y presidente de la misma corporacion, desplegó siempre notable celo y consumada inteligencia.

Residió en Sevilla, su prebenda, hasta Mayo de 1833, en que volvió á Madrid á disfrutar las vacaciones; y cuando en Setiembre se disponia á restituirse á su iglesia, le retrajo de hacerlo la aparicion del cólera morbo en aquella ciudad. Precisado á quedarse en Madrid, obtuvo de S. M. el nombramiento de conjuer del Excusado, y poco tiempo despues una plaza supernumeraria en la Rota de la Nunciatura Apostólica, de cuyo tribunal era auditor honorario desde el año de 1820. Al ejercicio de la judicatura eclesiástica en ambos tribunales se le agregó por entónces, y posteriormente hasta la época de su fallecimiento, el desempeño incesante de varias comisiones literarias, y sólo una política, aunque ésta nada más que por pocos meses, cual fué la censura de varios periódicos, que le confió el Gobierno en 1834. De aquéllas fueron las principales la de formar un plan general de estudios, en union con los señores Quintana, padre La Canal y Liñan; la plaza de número de director de estudios, cuando se restableció la direccion en 1833; la presidencia de la Comision de exámen de libros de texto para la enseñanza, y últimamente el cargo honorífico y gratuito de vocal del Real Consejo de Instruccion pública. En remuneracion de tantos y tan desinteresados servicios, S. M. se dignó agraciarse, en 1844, con la gran cruz de Isabel la Católica, de cuya orden era comendador desde 1834. En 15 de Agosto de 1845 fué nombrado Senador del reino. Por último, en 20 de Abril de 1852 mereció ser promovido á la dignidad de arcepreste del Pilar en la santa iglesia de Zaragoza, de la cual no llegó á tomar posesion por su avanzada edad y habituales dolencias.

Creemos no haber omitido hecho alguno importante relativo á la vida pública del SEÑOR GALLEGO. Si hubiéramos ahora de entrar en el exámen de sus varios trabajos políticos y literarios, y más aún en el de sus inolvidables prendas como hombre privado, mucho habríamos de añadir para dar á los que no han tenido la fortuna de conocerle, una idea cabal de aquella inteligencia tan elevada y recta, de aquel corazon tan honrado, de aquel trato amenísimo, de aquella sólida virtud, que tan caro le hacian á sus numerosos amigos; pero ya hemos dicho que no es ésta la ocasion oportuna de juzgar al poeta ni de pintar al hombre. Lo primero es tarea reservada á la posteridad; para lo segundo no nos sentimos con fuerzas ni serenidad de ánimo bastantes. Le quisimos demasiado, y está todavía harto reciente su irreparable pérdida, para que pudiéramos hacer de él otra cosa más que un panegirico apasionado, lo cual tampoco sería propio de este lugar. Limitémonos, pues, á cumplir la última y más dolorosa parte de nuestro encargo, recordando en breves líneas la postrera enfermedad y muerte del SEÑOR GALLEGO. Fué ocasion de aquélla una caida que dió en la noche del 22 de Diciembre de 1851, hallándose en la plaza de Oriente contemplando la lucida iluminacion del Real Palacio, con que se solemnizó el nacimiento de la señora Princesa de Asturias. El golpe que recibió cayendo de espaldas y procurando, aunque en vano, sostenerse asido á un árbol, fué tan violento, que le originó la rotura, ó más bien, la luxacion de la cabeza del hueso del muslo izquierdo: esta lesion, grave siempre, y que lo era mucho más, atendida la avanzada edad del paciente; complicada además con una fuerte afeccion asmática que ya de antiguo le agobiaba, abrevió el fin de sus dias, que vió llegar con cristiana y ejemplar resignacion, preparándose á la muerte como quien sabe que despues de ella comienza la verdadera vida: la limpieza de su conciencia mitigaba sin duda para él las amarguras de aquel duro trance. Por último, en la madrugada del 9 de Enero de 1853, rodeado de su familia y de sus amigos, en el cuarto segundo de la casa propia de la Academia Española, que está señalada con el número 26 en la calle de Valverde, y en la que tenia su habitacion como académico secretario, entregó su espíritu al Criador, y en la tarde del siguiente dia su cuerpo á la tierra en el cementerio de San Justo y San Millan, donde una sencilla inscripcion recuerda los principales títulos y las virtudes que tanto le recomendaron en vida.

Era el SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO de aventajada estatura, grueso á proporcion, de grave y expresiva fisonomia, agudo en el decir y muy consecuente y afectuoso con sus amigos. El mejor retrato suyo que se conserva es el que ejecutó al óleo, y litografió despues para el periódico titulado *El Artista*, el acreditado pintor don Federico de Madrazo.

Várias de sus obras poéticas fueron reunidas y publicadas en coleccion el año de 1829 por el apreciable literato habanero don Domingo del Monte, en Filadelfia; mas sin conocimiento del autor, y algunas en vista de textos poco fieles; por lo cual dicha coleccion alcanza hoy poco crédito entre los inteligentes. Movida de esta consideracion, no ménos que de un cordial afecto y singular estimacion á su último secretario, resolvió la Academia, por unanimidad, en la sesion inmediata siguiente al fallecimiento del SEÑOR GALLEGO, publicar una coleccion selecta y esmerada de sus obras poéticas, nombrando al efecto una comision de su seno, encargada de recoger y ordenar, no sólo las que ya eran conocidas por hallarse impresas y diseminadas en multitud de periódicos, mas tambien todas las que pudiese obtener entre las várias que de notoriedad corrian manuscritas en poder de algunos amigos del autor, además de las que naturalmente debian encontrarse entre los papeles dejados á su muerte. Cumplió la comision su encargo con diligente esmero, hecho lo cual, procedió á un escrupuloso cotejo entre los diferentes textos reunidos, á fin de fijarse en el que pareciese más fidedigno, y á un desapasionado exámen de las composiciones que definitivamente habian de figurar en la edicion de la Academia, haciendo de ellas tantas divisiones como son las clases á que corresponden, y adoptando, para su respectiva colocacion, el orden de fechas, hasta donde fué dable.

Confiamos que esta reimpresion en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, que es un glorioso monumento nacional, será grata á los amigos de las letras (1).

POESÍAS.

ELEGÍAS.

I.

EL DOS DE MAYO.

Animus meminisse horret, luctuque refugit.
VIRG., *En.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime,
No desdénies mi voz: letal beleño
Presta á mis sienas, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasia,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo dia
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Dia de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos

(1) A las poesías contenidas en la coleccion hábilmente ordenada por la Academia Española, añadimos ahora algunas otras de auténtico origen, que no son indignas, al ménos por lo limpio del len-

Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.
¡Ay, que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destruccion Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¡Quién ¡ay! la alevosia,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,

guaje y lo acicalado y robusto de la versificacion, de ser incluidas en la citada coleccion, que con especial gusto reproducimos ahora en la BIBLIOTECA.
(Nota del Colector).

La triste madre, la afligida esposa
 Con doliente clamor: la pavorosa
 Fatal descarga suena,
 Que á luto y llanto eterno la condena.
 ¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
 ¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
 Mirad ese infelice
 Quejarse al adalid empedernido
 De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¡qué te hice?
 Exclama el triste, en lágrimas deshecho.
 «Mi pan y mi mansion partí contigo,
 Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
 Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
 ¡Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
 Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
 Con dura muerte y con indigno ultraje!»
 ¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
 El monstruo infame á sus ministros mira,
 Y con tremenda voz gritando ¡fuego!
 Tinto en su sangre el desgraciado espira.
 Y en tanto, ¡dó se esconden,
 Dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
 Que á tu clamor de muerte no responden?
 Presos, encarcelados
 Por jefes sin honor, que, haciendo alarde
 De su perfidia y dolo,
 A merced de los vándalos te dejan,
 Como entre hierros el leon, forcejan
 Con inútil afán. Vosotros sólo,
 Fuerte DAÓIZ, intrépido VELARDE,
 Que osando resistir al gran torrente,
 Dar supisteis en flor la dulce vida
 Con firme pecho y con serena frente;
 Si de mi libre musa
 Jamas el eco adormeció á tiranos,
 Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
 Allá del alto asiento
 A que la acción magnánima os eleva,
 El himno oíd que á vuestro nombre entona,
 Mientras la fama aligera le lleva
 Del mar de hielo á la abrasada zona.
 Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas,
 Por la opresa metrópoli tendiendo,
 La yerma asolacion sus plazas cubre,
 Y al áspero silbar de ardientes balas,
 Y al ronco són de los preñados bronces,
 Y al roncón de los estrépito sucede.
 ¡Ois cómo rompiendo
 De moradores tímidos las puertas,
 Caen estallando de los fuertes gonces?
 ¡Con qué espantoso estruendo
 Los dueños buscan, que medrosos huyen!
 Cuanto encuentran destruyen,
 Bramando, los atroces fueragidos,
 Que el robo infame y la matanza ciegan.
 ¡No veis cuál se despliegan,
 Penetrando en los hondos aposentos,
 De sangre y oro y lágrimas sedientos?
 Rompen, talan, destrozan
 Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
 Aquí, matando al dueño, se alborozan,
 Hieren allí su esposa acongojada:
 La familia asolada
 Yace espirando, y con feroz sonrisa
 Sorben voraces el fatal tesoro.
 Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
 Mustio el dulce carmin de su mejilla
 Y en su frente marchita la azucena,
 Con voz turbada y anhelante lloro,
 De su verdugo ante los piés se humilla
 Tímida virgen, de amargura llena,
 Mas con furor de hiena,
 Alzando el corvo alfanje damasquino,
 Hiende su cuello el bárbaro asesino.
 ¡Horrible atrocidad!..... ¡Treguas, oh musa,
 Que ya la voz rehusa,
 Embargada en suspiros mi garganta!
 Y en ignominia tanta,
 ¡Será que rinda el español bizarro
 La indómita cerviz á la cadena!
 No, que ya en torno suena
 De Pálas fiera el sanguinoso carro,

Y el látigo estallante
 Los caballos flamígeros hostiga.
 Ya el duro peto y el arnes brillante
 Visten los fuertes hijos de Pelayo.
 Fuego arrojó su ruginoso (1) acero:
 ¡Venganza y guerra! resonó en su tumba
 ¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
 Y al grito heroico que en los aires zumba,
 ¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero,
 Guadalquivir guerrero
 Alza al bélico són la régia frente,
 Y del Patron valiente
 Blandiendo altivo la nudosa lanza,
 Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
 ¡Oh sombras infelices
 De los que alevé y bárbara cuchilla
 Robó á los dulces lares!
 ¡Sombras inultas que en fugaz gemido
 Cruzáis los anchos campos de Castilla!
 La heroica España, en tanto que al bandido
 Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
 Brindó felicidad, á sangre y fuego
 Le retribuye el dón, sabrá piadosa
 Daros solemne y noble monumento.
 Allí en padron cruento
 De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
 La vil traicion del déspota se lea,
 Y altar eterno sea
 Donde todo español al monstruo jure
 Rencor de muerte que en sus venas cunda
 Y á cien generaciones se difunda.

II.

A LA MUERTE DEL DUQUE DE FERNANDINA,
 HIJO DE LOS SEÑORES MARQUESSES DE VILLAFRANCA.

Cartuja de Jerez, 1816.

¡Qué triste són, qué canto dolorido
 Detiene el curso al raudó Guadalete
 Y en tono sepulcral hiere mi oído?
 Entre el manso ruido
 Del fúnebre ciprés que arrulla el viento,
 ¿No escucho el caro acento,
 Los tiernos ayes de mi ilustre amigo (2),
 Que, solo, al pié de un túmulo suspira?
 Estos ¿no son los ecos de su lira?
 Si, que mi pecho en llanto se deshace,
 Y allá en el polvo, do olvidada yace,
 Se escuchan ¡ay! por dulce simpatía
 Tristes gemir las cuerdas de la mia.
 ¿Será ¡miserio yo! que infausta estrella
 Del caro fruto de su amor le prive,
 O el sol hermoso, en cuya lumbre vive,
 Llore, eclipsado, de su esposa bella?
 ¡Antes la santa huella
 Del tardo cenobita oprima el mio,
 Que ver, oh Aspasia, tu sepulcro frio!
 Mas no; de su lamento
 Es otra la ocasion. En són agudo
 Clamar las torres de Sidonia sienten,
 Que redobla el pavor del campo mudo.
 Ya la fúnebre nueva
 Por los góticos claustros se difunde,
 Rápida como el viento que la lleva,
 Y el eco de la noche en el desierto
 Repite ¡ay Dios! que Fernandina es muerto.
 ¡Ah! ¡Y es verdad? ¡Ni su inocente vida,
 Que el verdor no gozó de veinte abriles,
 De tan aciago fin salvarle pudo!
 ¡Ni el vigor de sus años juveniles,
 Ni el alto alcázar, ni el dorado techo
 Fueron al golpe atroz bastante escudo!
 ¡Y en tanto, satisfecho
 De lustros y de crímenes cargado,
 Triunfa el protervo y la virtud oprime!

(1) Variante. En vez de *ruginoso*, dicen algunas copias *fulminante*.
 (2) Alude á una composición al mismo asunto, que acababa de escribir el señor Duque de Frias.

¡Y en tanto el desgraciado,
 Que en la amargura gime
 Y á quien más que el morir la vida espanta,
 Mal su grado encanece
 Y á par que en años en miserias crece!.....
 ¡Oh Providencia inescrutable y santa!
 ¡Cuánto de aquellos dias
 El recuerdo me afige en que, la ausencia
 Del cautivo monarca lamentando,
 El lento curso de la edad sentias!
 Te vi, te vi mil veces
 Probar el temple á la flamante espada,
 Y la clin del bridon con blanda mano
 Impaciente halagar, bañado en gozo.
 Yo vi tu faz de cólera inflamada
 (Que del naciente bozo
 La débil sombra matizaba apénas)
 Al són del parche y al marcial estruendo,
 Y en noble saña hirviendo,
 La sangre de Guzman henchir tus venas.
 Mas ¡á qué de esta suerte
 Con pasadas memorias devaneo,
 Cual con sueño fugaz, si en solo un punto
 Tanta esperanza ¡ay Dios! marchita veo
 Al rudo soplo de áspera fortuna?
 Tú, que mi llanto ves, pálida luna;
 Tú, que el usado giro terminando
 Una vez y otras dos, al jóven viste
 Entre las garras del dolor luchando,
 Que al fin con rabia inusitada y fiera
 Fundió sus huesos, como el sol la cera;
 Al contemplar que ni un momento aplaca
 Su cólera inclemente,
 Entre el negro crespon de nube opaca
 De horror velaste la argentada frente.
 ¡Y quién en tanto al afligido padre
 Dar consuelo sabrá? ¡Quién la agonía
 Pintar al vivo de la tierna madre,
 Que junto al hijo exánime gemia?
 «¡Ay triste! prorumpia;
 ¿Dónde mis dulces ilusiones fueron
 Para nunca tornar? El rico estado,
 Los tesoros ni el arte, ¿qué valieron?
 ¿Quién me dijera, oh niño desgraciado,
 Que para verte en tan atroces penas
 El sér te di, te alimenté á mi pecho!
 ¿A quién ¡ay! al morir le falta un lecho?
 El mendigo infelice
 Hállalo en pobre paja ó suelo frio,
 ¡Y el cielo se lo niega al hijo mio!» (1).
 Dice; y alzando, al lastimado acento,
 Su voz el Duque y lánguida cabeza,
 En que el sello de muerte
 Grabado estaba y la filial terneza,
 «No así al dolor rendida
 Queráis, dijo, señora, de esta suerte
 Perder conmigo tan preciosa vida.
 Esos niños mirad que en torno lloran
 Y tiernamente os aman;
 También los inocentes madre os llaman,
 Y vuestro afecto y proteccion imploran.»
 No dijo más; lanzando un ay profundo,
 Que recorrió los altos artesones,
 Selló la Parca el labio moribundo
 Y al alma abrió las fúlgidas regiones.
 Vióse al letal gemido,
 Cual bella palma que derriba el rayo,
 Bajar envuelta en súbito desmayo
 La triste madre al alfombrado suelo.
 No tornes á vivir, que angustia y duelo
 Te aguardan sólo y eternal quebranto,
 Desgraciada mujer! Mas ¡ay! que en tanto
 Vuelve á la vida; inmóviles los ojos,
 Con voz quebrada, sin acción, sin llanto,
 Llama al hijo infeliz, que no responde;
 Alzase y azorada,
 La trenza al aire por los hombros suelta,
 Vaga en su busca sin mirar por dónde;

(1) El Duque pasó la enfermedad y murió sentado en una silla, porque la angustia y la fatiga no le permitieron estar acostado un solo punto.

De su prole angustiada,
 Que sus pasos detiene y la rodea,
 No oye la voz querida,
 Ni ve la luz febea;
 Que en un mar de tinieblas sumergida
 Sin él se juzga, y desamada y sola.
 ¡Musa, no más! Las nubes arrebola
 Ya el alba soñolienta, á mis mejillas
 Las lágrimas se agolpan, y embargada
 Mi lengua de dolor repugna el canto.
 Cesa, y en raudó vuelo,
 Pues á mí no me es dado, á las orillas
 Del Manzanáres torna,
 Y en la tumba sagrada
 Depon la adelfa que tu sien adorna.
 Si allí por dicha á la matrona hallares
 El hijo caro demandando al cielo,
 Dile, y á sus pesares
 Dar logrará tu voz dulce consuelo,
 Que ya ceñido de inmortal corona,
 En el empíreo coro
 Himnos de gloria venturoso entona
 Al Dios omnipotente en arpa de oro.

III.

Á LA MUERTE DE LA REINA DE ESPAÑA
 DOÑA ISABEL DE BRAGANZA.

(1819.)

*Ostendent terris HAXO tantum fata, neque ultra
 Esse sinunt.*

Vna., En.

¡Por qué revuelta en pavoroso velo
 Cubres la angusta faz? ¡Qué agudas penas
 De improviso clamor turban tu cielo?
 ¡Ves, oh patria infeliz, de sangre llenas
 Tus hazas al furor de Marte crudo,
 Y á tu adorado rey entre cadenas?
 ¡Será forzoso que el potente escudo
 De nuevo embraces y la lanza fuerte
 Que los grillos romper del orbe pudo?
 ¡Ay! No será; que el fallo de la muerte
 Ni el valor lo revoca ni el acero;
 Llorar, sólo llorar es hoy tu suerte.
 ¿No hay esperanza? ¡Es cierto que su fiero
 Soplo extinguió la antorcha lusitana,
 Que inundaba de luz el campo ibero?
 ¡Es verdad que tu excelsa soberana
 Brilló tan sólo el término de un dia,
 Como la rosa del Abril temprana?.....
 ¡Ay! Vuelve al triste són, cítara mia;
 Vuelve otra vez al querellar doliente,
 Nunca avezada al gusto y la alegría.
 Cifia el ciprés las canas de mi frente,
 Que argentó del pesar la mano adusta,
 Más bien que de los años la corriente;
 Y el claro nombre de Isabel augusta
 Oigan estas olivas y nopales,
 Mudos testigos de mi suerte injusta.
 Que no es dado á mi canto los reales
 Palacios penetrar, y en grato acento
 De Fernando infeliz templar los males.
 Tú, Reina hermosa, que á tan alto asiento
 Por mil virtudes encumbrada fuiste,
 Dejando á España lágrimas sin cuento,
 Tú sí que escucharás el eco triste
 De un desdichado, que de angustia y duelo
 Más que de luto estéril se reviste.
 ¡Por qué tan pronto del hispano suelo,
 Sorda á nuestra afliccion, huyes, señora,
 Sumido ya en eterno desconsuelo?
 ¡No hallaba aquí tu mano bienhechora
 Mejillas que enjugar, do guerra impía
 Vertió sin fin su copa asoladora?
 ¡Oh! Torna, torna á la mansion que un dia
 De alma deliciosa y de placer colmaste,
 Y ora se cubre de tiniebla umbria,
 Y del pueblo leal que abandonaste
 La atruena el grito y túrbala el quebranto,
 Buscando en vano el bien que le robaste.

Y ¡adónde, adónde en infortunio tanto
Los ojos volverá, si tú le dejas?
¡Quién cegarás las fuentes de su llanto?
Mas ¡ay! que en balde me deshago en quejas;
Que en balde emprende de la Parca dura
Desarrugar mi voz las torvas cejas.
¡Ni del regío semblante la dulzura
Detuvo impia el brazo á tu venganza,
Ni en tan florida edad tanta hermosura?
¡Qué te ofendió la perla de Braganza,
Que así empañaste su esplendor divino,
Cortando de dos mundos la esperanza?
Y ¡es éste, oh cielo, el ínclito destino
Que España á su inocencia prometía,
Cuando cubrió de alfombras el camino?
¡Duran tal vez las flores todavía
Que holló su planta! ¡Oh tiempo venturoso,
Presente en mi inflamada fantasía!
Ostentosa su entrada fué; ostentoso
Bajel favonio con halagos puros
Meció de Cádiz en el golfo undoso;
Y al bronco estruendo de los broncos duros,
Bella como la diosa de los mares,
La saludaron los hercúleos muros (1).
Aun el rumor de aplausos á millares
Oír y el grito de las torres creo,
Y el festivo sonar de mil cantares.
Al fulgor de la antorcha de Himeneo,
Modesta, hermosa, plácida, lozana,
Llegar la ven las playas de Mnesteo,
Y al dulce lado de su dulce hermana,
Con ansia noble y anhelante prisa
La cerca el pueblo fiel, corre y se afana.
Ella, que en este afán su amor divisa,
Respondé grata con galán saludo,
Su labio de coral bañado en risa.
Por verla el padre Bétis, con nervudo
Brazo apartó los juncos de su frente,
Y á espectáculo tal paróse mudo.
En triunfo la llevó la hispana gente
Con júbilo sin par y altos loores,
Manzanáres humilde, á tu corriente;
Y entre marciales salvas y entre flores
Llegó á los brazos del augusto esposo,
Sembrando hechizos y cogiendo amores.
Mas ¡ay de mí! ¡qué vale que engañoso
Prestigio alegres horas me recuerde,
Si ya son hoy tormento doloroso?
Que no más pronto ¡oh Dios! su aliento pierde,
Por el pérfido plomo sorprendida,
Blanca paloma entre la grama verde,
Que en flor le arrebató la dulce vida
Como rayo vélez muerte villana,
Abriendo un solo golpe tanta herida.
¡Oh frágil pompal! ¡Oh condicion humanal
¡En qué cimientó tu firmeza estriba,
Vago sueño, humo leve, sombra vana?
Por más que el globo círculos describa,
No olvidará Madrid la infausta escena
Que en lágrimas bañó de sangre viva.
Ajada vió en tu cuello la azucena,
Malograda Isabel, y á los leones
Del desierto dosel rugir de pena.
Mal suplida en los lúgubres salones,
De tus ojos miró la muerta lumbré
Por el triste fulgor de cien blandones.
Del alcázar la inmensa pesadumbre
Tembló de espanto al súbito alarido,
Que lanzó la aterrada muchedumbre.
Uno madre la llama; enardecido,
Otro á los cielos su oracion levanta,
Del alto sollozar interrumpido;
Anhelan éstos por besar la planta
De su reina infeliz; aquél, postrado,
Susurra triste su plegaria santa.
Cerca, despues, del féretro agolpado,
Con gemidos el pueblo la seguía
Al sordo són del parche destemplado,
Y á par que el eco vago repetía

(1) Variante. Dice así este verso en las antiguas copias:
La saludaron de Hércules los muros.

Confusas quejas contra el hado ingrato,
Dobló un anciano su rodilla fría.
Miró lloroso el fúnebre aparato,
Y al viento dió su trémula querrela,
Del profundo dolor suspenso un rato.
«¡Adios por siempre, dijo, reina bella,
De madres y princesas gran modelo,
Gloria de Portugal, de España estrella!
» ¡Cuántas semillas de tristeza y duelo,
De perpétuo crecer y hondas raíces,
Deja tu ausencia al castellano suelo!
» Ya más no te hallarán los infelices
Que socorrió tu mano, ni el guerrero
Te mostrará sus largas cicatrices.
» Ni escucharás el viva placentero
Del pueblo aclamador, que, en tierra fijos
Sus ojos, cambia en luto lastimero.
» De tí esperaba el fin á los prolijos
Y acerbos males que discordia impura
Sembró con larga mano entre tus hijos.
» No pocos, ¡ay! no pocos en oscura
Mansion, al deudo y la amistad cerrada,
Redoblan hoy su llanto de amargura.
» Otros gimiendo por su patria amada,
El agua beben de extranjeros ríos,
Mil veces con sus lágrimas mezclada.
» Mas si oye el cielo los sollozos míos;
Si un ángel lleva al solio refulgente,
Mensajero de paz, los votos píos,
» Por tí tendrá del Padre omnipotente
Mi rey consuelo en su mortal quebranto,
Prosperidad y union la hispana gente.»
Dijo, y tornó á llorar. Callada en tanto,
Con ademán doliente se acercaba
La régia comitiva al templo santo.
Ya el cántico sagrado se escuchaba
Del cóncavo metal al ronco trueno
Que en los atrios inmensos resonaba.
¡Ay, que ya para siempre aquel sereno
Rostro, en medio á las preces funerales,
Marmórea tumba recibió en su seno!
Dándole entónces los eternos vales,
Cayó la losa; al lúgubre ruido
Retemblaron las urnas sepulcrales,
Y en su centro se oyó largo gemido.

IV.

Á LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRIAS.

(1830.)

Al sonante bramido
Del piélagos feroz, que el viento ensaña,
Lanzando atrás del Turia la corriente;
En medio al denegrido
Cercos de nubes que de Sirio empañan
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el carabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculca,
Y á tardó paso soñoliento Arturo
En el mar de Occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frío,
Daré, del mundo y de los hombres léjos,
Libre rienda al dolor del pecho mio.
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello misero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena,
No en jardín halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora.
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna
Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira
Que escenas sólo de aflicción recuerdas;
Lira que ven mis ojos con espanto,
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Vén, lira del dolor: ¡Piedad no existe!

¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¡Cuándo en tal hermosa alma tan bella
De la corte española
Más digno fué y espléndido ornamento?
¡Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mía!
Y ¡qué! fortuna impía,
¡Ni su postrer adios oír me dejas?
¡Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¡Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡Ay! derramen sin duelo
Sangre mi corazón, llanto mis ojos.
¡Por qué, por qué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, señora?
¡Por qué al menos contigo
La memoria fatal no te llevaste,
Que es un tormento irresistible ahora?
¡Qué mármol hay que pueda
En tan acerbá angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?
Aun resuena en mi oído
El espantoso obús lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron,
A tu arribo, marcial salva triunfante.
Con inmóvil semblante
Escucho amedrentado el són horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus piés cayendo,
Y el agua, que á su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grimpolas saltaba.
El dulce soplo de Favonio, en tanto,
Las velas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronco fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡Salve, oh deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada;
¡Salve, oh deidad! de gozo enajenada,
La ruidosa marina,
Que á tí se agolpa y el batel rodea,
Y al cielo sube el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citeréa.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gádes;
Absortas te envidiaron
El pié donoso y la mejilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero
Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasión, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
Mas ¡quién el homenaje
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubría,
Que en cuerpo tan gallardo relucía
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas, ¡ay! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primer ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;

Ya la vária fortuna
Del cetro godo y del laurel romano,
O el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca.
Pero otro dón magnífico, sublime,
Más alto que el ingenio y la hermosura
Debiste al Criador, vivaz destello
De su lumbré inmortal, alma ternura.
¡Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazón? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apenas,
Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heroico hervir hacia.
Entónces agitado
Tu rostro angelical resplandecía
De más purpúreo rosicler cubierto;
Del seno relevado
La extraña conmoción, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos,
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademán, los mal seguros
Acentos, la expresión.... ¡Ah! Nunca, nunca
Tan insigne modelo
De esto feliz, de inspiración divina,
Mostró Casandra en los dardanos muros,
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y sólo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Sólo á tu blando ruego
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor, su hermano.
¡Quién, sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frío tálamo la Aurora,
Entrar osára en la mansion del crimen?
¡Quién, sino tú, del duro carcelero,
Méno al són del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara *Piedad*, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heroico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo
De la santa Amistad digna corona....
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumía,
Cuando, sordo á mis quejas,
Rayaba apenas en las altas rejías
El perezoso albor del nuevo día.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oído;
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta, estremecido
Del súbito crujió de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atención excita,
Que hácia mí sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreír funesto.
Salto del lecho y sígole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna,
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
Y á par que por oculto
Tránsito desaparece,
Como vision fantástica, el cerbero,
De nuevo extraño bulto
Sombra confusa que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de *Piedad* divisa
Entre los pliegues del cendal flotante!

¡Por qué, por qué benigna,
Clamé, bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, señora,
Esta morada indigna,
Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡Ahl si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprime,
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.
«A este oscuro aposento
No á que de pena ó de placer espire
La voz de la amistad mis pasos guía,
Sino á esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impia.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crimen en su pecho sienta
El punzante aguijón; que al alma noble,
Do la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni el són de los cerrojos la intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante,
Que jamas estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.»
Serálo, si; lo juro;
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino.... No acabé. A deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: es tarde; baste ya, señora.
«¡Adios! ¡Adios! Del vulgo malicioso,
Que al despuntar del sol sacude el sueño,
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!»
Aguarda..... «¡Adios!.....» Y en soledad sumido,
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.
¡Oh digno, oh generoso
Dechado de amistad! ¡Oh alegre dial
¡Y en dónde estás, en dónde,
Angel consolador, Duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mia?
¡Gran Dios, y ni responde
De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternales!
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En balde importunáis. Hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no esperéis que el tímulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oír que sordos ecos.
En él de bronce y oro,
Ínculto vate (1), entallarán cinceles
Vuestro heroico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles.....
¡Inútil afanar! La cien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa citara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion..... ¡En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino (2).
Mas ¡ay! ¡podrá su lira

(1) El Duque de Frias.

(2) Alude á la Corona fúnebre, escrita en loor de la difunta Duquesa por varios poetas contemporáneos, y de la cual formó parte esta elegía.

Forzar las puertas del eden divino,
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar, en ti clavado?
A más alto poder, misero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige,
Que entre sollozos lúgubres exhalas.
Al Sér inmenso que los orbes rige,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu aficcion consuelo.
Si; que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

ODAS.

I.

EL RIZO DE CORINA.

(1801.)

¡Oh dulce prenda por mi bien hallada,
Dón amoroso de mi amante dueño,
Tú, que halagüeño á su belleza diste
Nuevos hechizos;
Lindo cabello, que escuchaste un dia
Los tiernos ayes de mi ninfa ausente,
Cuando en su frente te meció travieso
Manso Favonio!
Dime, te ruego, si de mí se acuerda;
Si por su amigo suspirar la oiste;
Dime si viste de la ausencia el llanto
Vivo en tus ojos.
Así seguro de voraces llamas
Gozarte puedas en su faz hermosa,
Seña amorosa con ardid formando
Cifras y flores.
¡Callas! ¿Qué anuncia tu silencio triste?
¡Tal vez que el soplo del olvido pudo
Matar sañudo de mi amor la llama
Mustia en su pecho?
No; que yo he visto en mi cruel partida
De sus luceros lágrimas fogosas
Correr copiosas hasta el albo seno,
Nido de amores.
¡Callas! Te entiendo: venturoso un dia
Plácido ornabas su gentil cabeza,
Y hoy en tristeza y soledad envuelto,
Lloras tu estado.
Ni ya los ojos de mi bien me ocultas,
Ni te ensortijas de su cien en torno,
Ni el simple adorno de tus bellos rizos
Luce en su cuello,
Ni ya te ostentas con primor cogido
De rica joya ó cándida guirnalda,
Ni por su espalda jugueton ondeas
Libre y airoso.
Débil juguete de fortuna inestable
Gloria tan alta misero perdiste.
Así yo triste de la excelsa cumbre
Vine al abismo.
Desde la cumbre de sus dulces brazos
Vine al abismo de insondable pena,
En donde, llena de despecho, el alma
Yace sumida.
Tú sólo puedes de tan dura ausencia,
Rizo precioso, suavizar el ceño;
Tú, de mi dueño mudamente hablando,
Templas mis males.
Grato recuerdo de mi fiel Corina,
Mi amante pecho tu morada sea,

Que en él campea su gallarda imágen,
Copia de Vénus.
Verásla siempre de mi fe señora,
Gloria y encanto y esperanza mia,
Hasta aquel dia que la madre tierra
Cubra mis huesos.

II.

A CORINA AUSENTE, EN SU CUMPLEAÑOS.

(1801.)

Ya al esplendor de Febo
Brilla del Aries el vellon dorado
Corina, y ya de nuevo
De flor se viste el prado,
Y alegre salta el tímido ganado.
Ya el leon carpentano
La nieve arroja de su helada greña,
Que hasta el sediento llano
Baja de breña en breña,
Y en arroyos de plata se despeña.
Ya vuelve Primavera,
Dando al cielo fulgor y al campo flores;
Ya su voz hechicera
Sueltan los ruiseñores
A la dulce estacion de los amores.
Ya del zagal sencillo
Se oye el tierno cantar, y en pos resuena
Su blando caramillo,
Y la campiña amena
De alegres juegos y placer se llena.
Ya, en fin, se acerca el dia
En que, abrumada del invierno triste,
Recobró su alegría
La tierra, y tú naciste,
Y nuevo sér con tu bondad le diste.
Así dió vida al suelo
Del primitivo Abril la fértil huella;
Así en oscuro cielo
Nació brillante estrella,
Y en su concha de nácar Vénus bella.
Que de tu rostro hermoso
Tanto la luz se esparce y reverbera,
Cual tiende el sol fogoso
La rubia cabellera,
Bañando en oro la oriental ribera.
Y más vivos colores
Tu boca ostenta de carmin divina,
Que entre nevadas flores
La fresca clavellina
Al sonreír del alba matutina.
¡Ay! tan gentil belleza
Goza, Corina, impenetrable al sello
Del tiempo y la tristeza,
Y en rosa y lirio bello
Cien mayos enguinalden tu cabello.
Yo triste, á crudo invierno
Y á llorar en tu ausencia condenado,
Ni oigo á Favonio tierno
Suspirar por el prado,
Ni el trino de las aves concertado.
El fecundo rocío
Igual al hielo estéril se me ofrece;
Iguales hallo el río
Que hinchado se embravece
Y el manso arroyo que las flores mece.
¡Do fueron, ¡ay! Corina,
Las dulces horas de delicia llenas,
Cuando á la hojosa encina
Entre mirto y verbenas
Sombra debió tu lecho de azucenas?
En mi laud sonaban
Mí fe, mi dicha y mi amoroso orgullo,
Y con él alternaban
Las tórtolas su arrullo.
Y de la fuente el plácido murmullo.
¡Oh! Deme amor que pueda
Tus gracias ensalzar, como solia,
Con voz sonora y leda,
Cuando la vida mia

Por tí, contigo y para tí queria.
Hora el dolor que siento
Con ayes sólo desfogar me place;
Que en triste desaliento
Sumida el alma yace
Y en su propio delirio se complace.

III.

A LA DEFENSA DE BUENOS AIRES.

(1807.)

Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos
Fecundo manantial, á quien consagran
Su vida alegres los heroicos pechos;
Patria, deidad augusta,
Mi númen es tu amor. Su hermoso fuego,
Que aun hoy las piedras de Sagunto inflama;
El que arrojó la chispa abrasadora,
Baldon y estrago de la gente mora,
Que aun brilla desde el Cántabro hasta Alhama,
Da que pase á mi voz; sublime el eco
Del éter vago los espacios llene,
Sus glorias celebrando,
Y atras el mar Atlántico dejando,
Hasta el remoto Patagon resuene.
De allí no léjos las britanas proras
Viera el indio pacífico asombrado
Sus costas invadir, y furibundo
Al hijo de Albion, que fatigado
Tiene en su audacia y su soberbia al mundo,
Cual lobo hambriento en indefenso aprisco,
Entrar, correr, talar. Montevideo,
Que ya amarrado á su cadena gime,
Con espanto en sus muros orgulloso
Ve tremolar su pabellon, ansiando
Lanzar del cuello el yugo que le oprime,
Mientras la rienda á su ambicion soltando
El anglo codicioso,
La rica poblacion (1) domar anhela,
Que de Solís el río
En su ribera occidental retrata
Cuando á la mar con noble señorío
Rinde anchuroso su raudal de plata.
¡Cuán presta ¡oh Dios! la ejecucion corona
Las empresas del mal! El anglo altivo
Tiempo ni afan perdona.
Vése en la playa las inmensas naves
Presurosa ocupar la isleña gente,
De muertes mil cargada,
Y en pos hender la rápida corriente.
Ya la soberbia armada,
Batiendo el viento la ondeante lona,
Vuela, se acerca y á la corva orilla
Saltan las tropas. Ostentoso brilla
El padre de la luz, y á los reflejos
Con que los altos capiteles dora,
La sed de su ambicion la faz colora
Del ávido insular. Así de léjos
Mira el tigre feroz la ansiada presa
Y con sangrientos ojos la devora.
Alzase en tanto, cual matrona angusta,
De una alta sierra en la fragosa cumbre
La América del Sur; vése cercada
De súbito esplendor de viva lumbré
Y en noble ceño y majestad bañada.
No ya frívolas plumas,
Sino bruñido yelmo rutilante,
Ornan su rostro fiero;
Al lado luce ponderoso escudo,
Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo,
Arde en su diestra refulgente acero,
La vista fija en la ciudad; y entonces
Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra
Con que herido el metal gime y restalla,
Retiembla la alta sierra,
Y el ronco hervir de los volcanes calla.
«¡Españoles! clamó; cuando atrevido

(1) Buenos Aires.